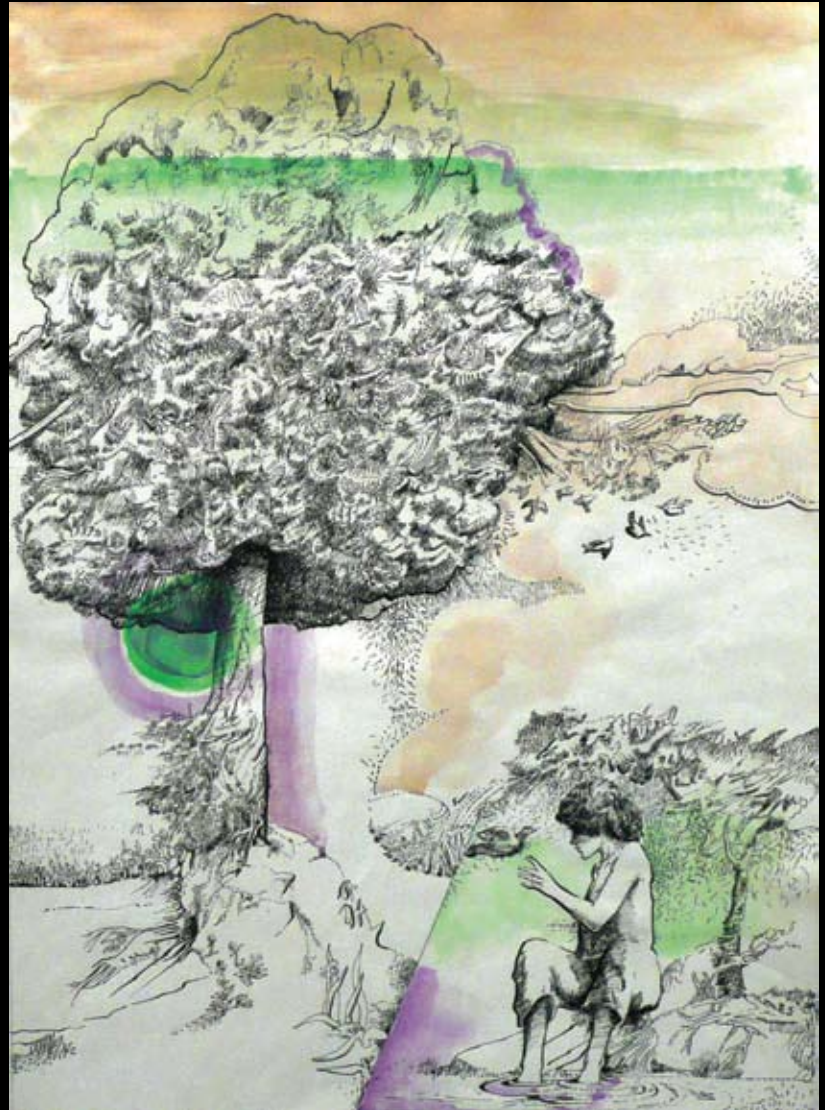


I. ARTICULACIONES TEÓRICAS





Del paso literal de la voz a la palabra*

GÉRARD POMMIER* *

Universidad de Estrasburgo, Francia.



Del paso literal de la voz a la palabra

Resumen

Solo una pulsión puede metamorfosearse en significante: la voz, que chaqueta para formar frases y significar; por eso lo simbólico y la palabra prevalecen sobre los demás medios pulsionales. Las palabras protegen de la pulsión pero pueden regresar a su estatuto de voz. Siempre quedan preñadas por otras palabras. La voz se literaliza al hablar, o sea que la voz aislada es el objeto. El momento de paso de la voz al significante son las letras. El sujeto es producto y actor de la palabra, lo cual le permite no quedar atrapado como objeto en el deseo del Otro.

Palabras clave: voz, palabra, significante, objeto pulsional, letra.

From the literal transition of the voice to the word

Abstract

Only a drive can metamorphose itself in signifier: the voice, which changes into phrases in order to convey meaning; that is why the symbolic and the word reign over any other driving means. Words protect from the drive, but they can return to their statute as voice. They are always pregnant of voice until they are defined by other words. The voice is literalized as it speaks, which means that the isolated voice is the object. The moment of transition between voice and signifier is the letters. The subject is product and actor of the word, which allows it not to be trapped by the desire of the Other.

Keywords: voice, word, signifier, driving object, letter.

Du passage littéral de la voix à la parole

Résumé

Une seule pulsion peut se métamorphoser en signifiant: c'est la voix, qui tourne casaque pour former des phrases et signifier, d'où la prévalence du symbolique et de la parole sur les autres médias pulsionnelles. Le mot protège de la pulsion, mais elle peut retourner à son statut de voix. Il reste toujours gros de la voix jusqu'au moment où il est défini par un autre mot. La voix se littéralise en parlant, c'est-à-dire que la voix isolée, c'est l'objet. Le moment de passage de la voix au signifiant, ce sont les lettres. Le sujet est un produit mais aussi un acteur de la parole, ce qui lui permet de cesser d'être un objet pris dans le désir de l'Autre.

Mots-clés: voix, parole, signifiant, objet pulsionnel, lettre.

* *Du passage littéral de la voix à la parole.* Traducción del francés a cargo de Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

** e-mail: gerardpommier@free.fr

1. En español, “palabra” traduce dos cosas diferentes en francés: *mot* y *parole*. La primera, *mot*, es palabra en cuanto elemento discreto compuesto por uno o varios sonidos y que contiene un sentido. La segunda, *parole*, es palabra, ya sea como elemento simple del lenguaje articulado o como facultad de hablar. Entiéndase entonces palabra en este segundo sentido, salvo cuando se indica explícitamente lo contrario. [Nota del traductor].
2. *Moulinette*: marca registrada de una máquina licuadora o una moladora de granos y verduras, que dio lugar luego a la expresión francesa *passer à la moulinette*, que significa moler, carcomer, pero también cotorrear, charlar. A notar entonces que, en adelante, todas las referencias al verbo ‘moler’ son traducción de esta expresión. [Nota del traductor].
3. Se retiene aquí la expresión original, *performance*, por ser una palabra que proviniendo del inglés, se deriva a su vez del antiguo francés *parformance* [s. xvi], con el sentido que el autor subraya: realizar, ejecutar. [Nota del traductor].

Por lo general, la voz se tiene en cuenta desde su aspecto musical, o también en su dimensión de poder invocante, y lo que nos interesará en este artículo es la manera como se pliega para formar una palabra¹. Por eso evoqué en mi título la dinámica “Del paso...”. El punto importante en ese “Del paso...” es el “Del”. Podría jugarse con el equívoco de esas tres letras: el “del” evoca al mismo tiempo un genitivo objetivo y subjetivo, ambigüedad que remite al sujeto de ese paso. Y el “del” es también la deuda de ese sujeto: su derecho de peaje para entrar en la palabra. El sujeto se descubre gracias al “*moulinex*”² de la palabra, en cierta forma porque allí las pulsiones lo constriñen y fuerzan. Por ejemplo, desde que hablo dispongo por supuesto de mi voz, pero mi acto de palabra debe superar una dificultad para producirse. Como aún no se conoce la naturaleza de tal dificultad, digamos que el acto pasa “algo” —una cierta potencia— a ser molido por la palabra. La *performance*³, el acto del sujeto, produce un cierto trabajo con la voz, y para quien escucha el resultado, ese paso es prueba de la existencia de ese sujeto. El sujeto es al mismo tiempo el producto y el actor de su palabra. El sujeto es claramente un producto del significante, pero es un producto que rechaza ese estado de producto y deviene incesantemente un actor. Al menos lo intenta: debe hablar continuamente o después de haber pensado. Es un deber.

Durante ese paso, dicho sujeto está en el “del” de la deuda. La palabra es primero la *performance* de moler ese “algo”, y las más de las veces no es más que eso. La mayoría de las palabras son únicamente “performativas” en el sentido de Austin (a manera de “*speech act*”) y muy pocas de ellas son denotativas. Con mucha frecuencia hablamos para no decir nada: muy pocas palabras dan informaciones que no sean ya evidentes. Además, el hecho de llegar a dar una información nueva no basta. ¡Se requiere además que el interlocutor se dé cuenta de ello y comprenda! Voy a tomar el ejemplo de lo que sucede cuando alguien empieza a hablar durante un congreso, en un coloquio donde quiere transmitir su trabajo: intenta expresarse de manera coherente y tal vez lo logre. Pero no está seguro de haber logrado transmitir el contenido de su pensamiento. En ese caso, su esfuerzo de comunicación habrá sido únicamente performativo, más o menos divertido, porque un sujeto que se produce a sí mismo al hablar, es francamente cómico. Por eso insiste tan a menudo en hacerse comprender,

para continuar hablando: “¡No, no —podría decir— déjenme seguir hablando!, ¡de verdad tengo algo que decirles! No soy únicamente ese payaso que se esfuerza por existir al hablar. Tengo algo que explicarles. No solamente estoy ante sus miradas, en cierta manera anónimas, por lo numerosas que son. Pues ante este anonimato de la masa ante la cual hablo, me encuentro ante una especie de gran Otro, soy cosificado y me esfuerzo por existir al hablar”; el motivo principal que lo lleva a tomar la palabra es este: ¿cómo ser diferente de sí mismo, cómo dejar de ser un objeto atrapado en el deseo del Otro? ¿Cómo puede llegar a nacer un sujeto a pesar de su deuda, a pesar de lo que se debe? Sí, cómo, sino gracias a una operación en que el sujeto, que es un producto del significante, se vuelve un actor, que produce lo que lo hace actor, en el desfiladero implacable del proceso secundario freudiano, de la infinita producción del pensamiento, y luego de la palabra.

Ahora podemos diferenciar claramente dos movimientos contrarios. Ante todo, el sujeto es pensado por el gran Otro. El resultado es que “Eso piensa”, eso continúa pensando en nosotros sin que nada podamos hacer. Y en un segundo tiempo, el sujeto habla reprimiendo el “Eso piensa”. Como lo decía ya San Buenaventura: “La palabra agrega un acto al pensamiento”.

¿Cuál es la función de este encadenamiento constante del pensamiento con la palabra que da cuenta del sujeto y lo produce como actor? Su primera función es ser performativa, es decir, permitir la existencia del sujeto que, al hablar, reprime su posición de objeto del Otro⁴. Esta *performance* es correlativa de la reconducción de la represión originaria. La represión primordial no es un acontecimiento logrado de una vez por todas en la temprana infancia, en el momento mismo de la *Hilfflosigkeit*, es decir, del desvalimiento psíquico antes que fisiológico del lactante. La represión primordial se aplaza a todo momento, por ejemplo cuando estoy tratando de hablar ante un auditorio: si mi *moulinex* de palabra se detiene, estaría en *Hilfflosigkeit*. Si por una razón u otra, ya no logro hablar, experimentaré el desvalimiento que me lleva a aplazar la represión primordial, es decir, que me fuerza a pasar de la posición de objeto a la de sujeto gracias al acto de hablar.

Para completar lo que acabo de escribir, agregaré que el momento de paso de la voz al significante, los dientes de la *moulinex*, son las letras. Voy a intentar explicitar ahora la articulación de esos tres términos: objeto voz, letra, significante. Si se los considera estáticamente, por fuera del movimiento de la palabra, resultan más o menos incomprensibles; falta un término para ver cómo vive eso, porque no se puede entender la vida con cuerpos muertos. Para ver cómo vive eso, propongo agregar la *significación*, es decir, la perspectiva del *speech act*. ¿Cuál puede ser la significación que se alcanza con la realización en palabra de un pensamiento? Si se considera el

4. Se trata de la diferencia entre lenguaje y palabra que Lacan describe en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos 1*, 16.ª ed. (México: Siglo Veintiuno, 1990), 227-310. El gran Otro hace valer su deseo gracias a las determinaciones del lenguaje, y el sujeto reprime esas determinaciones objetivantes gracias a su palabra, de tal manera que lo inconsciente es estructurado como un lenguaje, aun cuando no sea una palabra.



5. Recuerdo una velada de la EFP en que Melman explicaba el grafo del deseo y se preguntaba sobre ese triangulito que inicia el grafo. Lacan, ahí presente, intervino para decir que se trataba de la significación fálica.

contenido que busca expresar cada pensamiento, se pierde uno en conjeturas, puesto que los pensamientos son múltiples y el movimiento del pensamiento es infinito.

En cambio, uno empieza a comprender si tiene en cuenta, no la razón actual, sino el *origen* de ese movimiento hacia la significación. ¿Cuál es el origen del “querer decir”? La primera significación depende del deseo del Otro; esta es la que asiste al nacimiento del sujeto. Es acarreada por la envidia del pene, el *penisneid* materno que sostiene el deseo de hijo; se trata entonces de la significación fálica. La madre quiso que su hijo tomara el lugar de su falo. La objetivación que el sujeto reprime gracias a la palabra es la significación fálica. Y como esa represión es aplazada constantemente, lo que forma la base y el horizonte de la infinidad de significaciones de las frases es la significación fálica. Es imposible expresar en palabra la demanda del Otro: es lo que reprimimos para decir siempre otra cosa: nuestras palabras dan fe de ello⁵. Es esta significación la que conviene introducir en el origen para comprender algo de lo que busca expresar cada palabra. Hay que introducirla al comienzo y al final.

Voy a intentar ahora detallar los diferentes momentos de la represión tal como es aplazada gracias a la palabra. Para ello presento sus términos en el siguiente orden:

1. La significación fálica, meta de la demanda materna.
2. El objeto voz, que expresa la posición del sujeto y soporta la demanda materna.
3. La letra, devenir del objeto voz cuando forma significantes.
4. El significante, que reprime la dimensión pulsional de la voz.
5. La significación de no importa qué frase, desplazamiento que hace el sujeto de la demanda del Otro.

Para ser claro, voy a tomar de nuevo el ejemplo de lo que sucede cuando alguien habla en público. Si empiezo a hablar en un congreso, la significación fálica encierra el riesgo de petrificarme el cuerpo a todo momento, por el sesgo de la pulsión escópica proveniente del Auditorio. Si me callara bruscamente en cierto momento, esa significación fálica de mi apariencia me atraparía. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Intentaré escapar a la objetivación pulsional empezando a hablar de nuevo. En lugar de sufrirla de modo pasivo, vuelvo hacia afuera activamente ese bombardeo pulsional de la visión gracias a la pulsión invocante. Esto significa que metamorfoseo la significación fálica del cuerpo en significación de las frases: hablando olvido mi cuerpo. Cuando hablamos, olvidamos nuestra apariencia. Existo transfiriendo el ser del cuerpo al ser de las frases. El verbo ser está en primer plano en esta metamorfosis.

Hemos subrayado primero que el acto de hablar transformaba la voz en significante y ello a título de *performance* del sujeto. Notamos ahora que la frase misma define

un cierto significante gracias a un segundo significante cualitativo, y ello utilizando el verbo “Ser” (S1→S2), según el modelo “esto es eso”. Durante la formación de una frase, los significantes están unidos entre sí por el verbo Ser para formar una significación cualquiera. Los gramáticos de Port-Royal fueron los primeros en mostrar que tal es la estructura de todas las frases cuya tensión esté centrada en el verbo Ser. De manera que, independientemente de los significantes que el verbo una, la *performance* del sujeto consiste en trasladar el asunto del Ser, que conllevaría el riesgo de objetivarlo, según el deseo del Otro, en Ser de la frase. Los psicoanalistas de formación lacaniana desatienden a menudo la importancia del Verbo en la frase; Verbo que denota el acto del sujeto e instaura una “relación”, de modo que la relación incestuosa entre el sujeto y el Otro materno se metamorfosea en relación de palabra.

De esta manera, es claro ahora que el acto de hablar aplaza la represión originaria. Cuando se produce por primera vez la *Hilfflosigkeit* psíquica del lactante, este desvalimiento no se debe simplemente a su impotencia fisiológica, sino al hecho de que debe responder a una demanda incestuosa imposible. No puede satisfacer lo que le pide su madre, a la que, sin embargo, le debe todo. Su grito, su voz, sobrepasa toda demanda y toda necesidad: es ya expresión de la subjetividad que nace de este desvalimiento. Sin embargo, ese grito mismo llama a la demanda que lo aplaza. El grito es más que el grito: él se acuerda más del grito de antes, que de lo que lo hace gritar, como Freud lo escribe en el *Proyecto*⁶. El eslabonado de dos gritos, de dos sonidos, según un par ordenado S1-S2, es ya el acto de un sujeto que se produce al mismo tiempo que la represión de lo que lo hace gritar, es decir, la demanda materna, o también el objeto de la pulsión. Esta breve indicación de Freud obliga a plantear hipótesis precisas sobre la represión originaria.

La *Hilfflosigkeit*, el desvalimiento del niño, procede del lugar que se le imparte, esto es, el de la significación fálica: en efecto, lo que comanda el deseo de hijo femenino es el *penisneid*. Esta significación es reiterada al niño cada vez que la madre se ocupe de él por vía de las necesidades del cuerpo que son el apuntalamiento de las pulsiones. El goce del Otro es el elemento en juego de esta significación y, hasta cierto punto, se conecta también con el goce del niño. Pero más allá de cierto nivel, el placer se vuelve displacer, porque ser identificado con el falo es ante todo “ser”, y luego ser nada, puesto que el falo materno es un “ser de no siendo”, un miembro fantasma. El exceso de placer conduce al niño a rechazar la parte aniquiladora de la demanda. Desde el comienzo, es la angustia de la castración materna la que rige el rechazo, *Austossung*, de las pulsiones al exterior⁷: una vez que se realiza ese rechazo afuera, lo que se vuelve un mundo amenazante es el exterior mismo poblado de la parte rechazada de la pulsión —los monstruos fóbicos—, es decir, de aquello que, de



6. Cfr. Sigmund Freud, “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 2004), 323-436.
7. Una descripción de ese proceso puede leerse en dos textos capitales de Freud: el capítulo sobre la represión de las pulsiones en sus textos metapsicológicos de 1915. (Cfr. Sigmund Freud, “La represión” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV, *óp. cit.*, 135-52) y el fulgurante artículo *Die Verneinung*, publicado años más tarde, (cfr. Sigmund Freud, “La negación” (1925), en *Obras completas*, vol. XXIV, *óp. cit.*, 249-58).

la angustia de castración materna, constituye lo real. Porque nuestro real nada tiene que ver con el real platónico: no está constituido por un más allá que los significantes no alcanzaran a nombrar. Nuestro real es el efecto de la angustia de castración.

El gran desvalimiento se vuelve entonces la confrontación con lo que el mismo sujeto ha rechazado: su más grande amor ha sido sacrificado en el altar de su existencia. Afuera, el mundo está animado por lo que le causa miedo, lo que lo hace gritar. Pero su grito mismo está afuera: escucha por la oreja su propio grito; grito que él ha emitido con la boca, como lo que le vuelve del exterior. Al mismo tiempo ha producido el grito y le vuelve del afuera como una de esas cosas angustiantes pulsionales que se vuelven contra él y le piden cuentas.

Ahora se entiende la verdad de esta intuición de Freud, quien, sin dar razones, considera que el grito se asocia con el recuerdo del grito inmemorial, antes que con la cosa que hace gritar. Se puede vislumbrar ahora la razón: ¿por qué el grito se asocia con el grito, y además por qué más tarde la palabra⁸ se asocia con la palabra, el significante con el significante según ese par ordenado S1-S2 que constituye una frase? El sujeto está amenazado por un real que él mismo ha constituido, y su grito hace parte de ese real; escucha su propio grito como lo que le vuelve del afuera, pero antes de que le vuelva por los oídos, lo ha echado afuera por la boca: el grito, aún aislado, implica de todas maneras esos dos tiempos. Él siempre se acuerda del acto del que proviene. El grito es siempre dúplice, desvalimiento infinito y goce infinito. De tal manera que el grito escuchado se asocia siempre con el grito de antes según un par ordenado, porque el grito de antes es un acto, un acto de rechazo que protege lo que en adelante se llama un sujeto dividido por el goce rechazado de su propio grito.

Ese proceso también se comprende al considerarlo desde otra perspectiva. La nominación de una cosa por una palabra protege de la investidura pulsional de esa cosa. O más brevemente aún: la palabra protege de la pulsión —en términos freudianos: la “representación de palabra” recubre la “representación de cosa”—. Pero esta protección es precaria porque, una vez afuera, la palabra es también materia sonora pulsional que se vuelve peligrosa a su vez. La palabra puede regresar a su estatuto de Voz. De hecho, eso es lo que confirma que al aislar una palabra, el significante no basta para definir lo simbólico. Freud mostró claramente en su artículo sobre lo inconsciente⁹ que, en lo que concierne a la esquizofrenia, las “representaciones de palabra” valen como “representaciones de cosas”. Para definir lo “simbólico” no solamente se requiere que la palabra sea definida por una de sus cualidades gracias al Verbo Ser, sino que ese Verbo sea luego hilvanado por el acto de un sujeto que lleve su nombre. Es la condición del Nombre-del-Padre, basta implícita de todas las frases.

8. En adelante, *mot.* [Nota del traductor].

9. Cfr. Sigmund Freud, “Lo inconsciente” (1915), en *Obras completas*, vol. xiv, *óp. cit.*, 153-213.

La palabra siempre queda preñada por la voz, por su valor pulsional peligroso, por lo menos hasta el momento en que es definida por otra palabra siguiendo un par ordenado por el acto de nombrar, por el Verbo. Una palabra definida por otra palabra pierde su música: su valor pulsional es reprimido en provecho del sentido de la frase. La violencia de la pulsión presente en los sonidos se encuentra dividida por el sentido, a partir del momento en que un sonido se define por otro sonido, esto quiere decir que el objeto pulsional sonoro se lamina en una *letra* que tomará su sentido gracias a otra letra en el momento de la formación de una palabra. El objeto sonoro se separa de su valor de objeto pulsional para convertirse en una letra unida a otra letra; unión diferencial en cuyo caso se exilia el sonido de su valor musical para llegar a ser un significante. Lo diferencial olvida el sonido, reprime el sonido del objeto voz cuando se vuelve una letra que participa en la formación de un significante. Si digo *loup* (lobo), pensarán en el animal y olvidarán la música del sonido “lu” [lou]¹⁰ con el que se podría canturrear. El diferencial de las letras *loup* de los objetos pulsionales *lululú* vuelto letras devora la música, el grito angustiante del Lobo. Ese diferencial, es el perro guardián que aplaca al lobo de la pulsión.

Una concepción rígida de la pulsión Voz no permite comprender ese proceso. Tal será el caso de quienes conozcan bien los conceptos de Lacan sin referirlos a los de Freud. Todo se vuelve oscuro si se reduce la pulsión al “objeto a”, porque el “objeto a” de Lacan solo retoma una de las características de la pulsión —la del objeto justamente—, pero la pulsión posee otras tres características, particularmente la de “meta”, muy distinta del objeto. En el momento en que le echan mano al objeto, yerran la meta, es decir, la significación fálica. Hay que concebir la flexibilidad de lo que sucede en el momento de la literalización del objeto pulsional vocal. La voz se literaliza al hablar. Por eso hice uso del término *moulinex* para describir la compulsión a hablar, la habladera. El objeto Voz es pulverizado en forma de letra en calidad de formación del significante. Cada una de las letritas es un cuerpo pulsional vuelto inofensivo por el tensionado literal de un diferencial: imenos mal, podemos respirar!

Se pueden extraer algunas lecciones de esta vectorialización de la voz hacia la significación: la voz aislada es el objeto. El sonido vinculado con el sonido transforma los sonidos de la voz en letras que, concatenadas en significantes, desplazan la significación fálica del cuerpo. Los egipcios pensaban que las letras nos venían de los dioses —*Hyeroglyphos* quiere decir “escritura de los dioses”—. Naturalmente, como siempre sucede con las religiones, es lo contrario: provienen del infierno pulsional, de la represión de la pulsión que lamina su dimensión de objeto y la separa de su meta. Cada letra reprime su propio valor de objeto pulsional una vez que se une con otra letra, y la represión trabaja en ultraplano, en la superficie de las palabras.



10. La escritura fonemática de *loup* es “lu”, que se transcribe como *lou* en francés. [Nota del traductor].



11. En adelante, *parole*. [Nota del traductor].

12. Cfr. Sigmund Freud, "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905), en *Obras completas*, vol. VII, *óp. cit.*, 109-224.

Se perfila así una "meta" sexual completamente separada del objeto. La palabra¹¹ se vuelve instrumento de goce que regula lo imposible del goce pulsional. De esta manera se puede estimar lo que constituye la característica del erotismo humano. Solo se actualiza por el rodeo del significante, que es el único que puede desprender la meta del objeto. Por el rodeo de la palabra, el objeto solo se vuelve causa del deseo sexual a condición de su literalización. Hay que hablar, para que el deseo se perfile. Hay que hablar, si no llegar hasta filosofar para ir al tocador, como lo escribía Sade.

Conviene evocar en fin un último asunto: ¿en qué condición se realiza esa metamorfosis literal del objeto pulsional? Afuera están todas las pequeñas sensaciones que Leibnitz consideraba como precursoras de la conciencia. En realidad, todas esas pequeñas sensaciones son trampas para la pulsión: son bombas que pueden explotar en todo momento, por ejemplo, en las alucinaciones. Pero afortunadamente para la raza humana, en el ejército de las pulsiones se ha infiltrado un traidor: la Voz. Todas las pulsiones pueden intercambiarse entre sí y converger hacia la Voz, y entonces la cosa está hecha: la voz traiciona a sus hermanas pulsionales y chaquetea para formar frases y significar. Las letras son expertas en traición, metamorfosean la música en sentido, desgranar el goce de los objetos que pierden su visibilidad y se vuelven legibles. De lo visible a lo legible: se entiende entonces que la misma figuración onírica puede realizar el goce a la vez que es legible como un caligrama.

La pulsión Voz es el instrumento de la traición que nos salva. Naturalmente todas las pulsiones son importantes, particularmente en la formación de los síntomas. Pero solo una pulsión puede metamorfosearse en significante, y de ahí la prevalencia de lo simbólico y de la palabra sobre los demás medios pulsionales. Entre las fuentes pulsionales, la boca se convierte en el lugar más conflictivo. Por eso, la boca se sobredimensiona sobre las áreas de proyección del cerebro. En francés, la palabra 'Boca' quiere decir tanto lo que está abierto como lo que está cerrado. "Boca" es un lugar espasmódico abierto y cerrado por turnos según el modelo de la succión. Es siguiendo este modelo rítmico, activo-pasivo, que luego se apuntala todo el erotismo humano, como lo subrayó Freud en los *Tres ensayos*¹². La "boca" es la primera que funciona tanto como lugar de una contracción que taponar, como lugar de una expansión indefinida de la pulsión, confrontada con lo irrealizable de la significación fálica. La "boca" chupa y come. Pero después la "boca" es también el lugar de expresión de la voz, que puede ser ella misma abierta (las vocales) o cerrada (las consonantes). Forma significantes y, entonces, traiciona. Emite sonidos, y esos sonidos enderezan el objeto oral de su valor alimenticio: por una parte, eso come, y por la otra, eso habla. Traición en plena batalla: eso habla a partir del "eso" pulsional de la voz. La palabra "oral" denota tanto el hecho de comer como el de hablar. Hay una encrucijada de la voz con la alimentación

porque el grito funciona primero como un llamado que será interpretado por el Otro como un pedido de ser alimentado. Esa primera encrucijada es pasiva. Y luego hay una segunda encrucijada activa cuando la voz se metamorfosea en significante. Hablamos como traidores, atravesados por una culpabilidad cuyas palabras jamás nos darán la comprensión, puesto que son sus agentes. Como lo escribe Hölderlin en sus *Anotaciones sobre Edipo*: “En un momento tal, se olvida el hombre de sí mismo y del dios, y da la vuelta —claro es, de un modo pío—, como un traidor”¹³.

13. Friedrich Hölderlin, “Anotaciones sobre Edipo y Antígona”, trad. Álvaro Eljaech, *Eco*, Revista de la Cultura de Occidente, vol. 8, n.º 2 (1986): 170.

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895). En *Obras completas*, vol. I, 323-436. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, SIGMUND. “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905). En *Obras completas*, vol. VII, 109-224. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, SIGMUND. “Lo inconsciente” (1915). En *Obras completas*, vol. XIV, 153-213. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, SIGMUND. “La represión” (1915). En *Obras completas*, vol. XIV, 135-52. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, SIGMUND. “La negación” (1925). En *Obras completas*, vol. XXIV, 249-58. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- HÖLDERLIN, FRIEDRICH. “Anotaciones sobre Edipo y Antígona”, traducido por Álvaro Eljaech. *Eco*, Revista de la Cultura de Occidente, vol. 8, n.º 2 (1986): 170.
- LACAN, JACQUES. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En *Escritos 1*, 16.ª ed., 227-310. México: Siglo Veintiuno, 1990.

